

Los presocráticos

La sopa primordial de la filosofía

Conforme nos aproximamos, la niebla de la profunda antigüedad envuelve a los presocráticos. El primero de estos pensadores nació en torno al año 624 y el último murió en el 371 a. C. Las evidencias al respecto se limitan a fragmentos de textos, como piezas de antiguas vasijas de barro. No se conserva ni un solo original completo de sus obras. Solamente disponemos de las citas y los resúmenes proporcionados por escritores griegos y romanos posteriores. Este último grupo es notorio por su falta de respeto hacia las normas de la filología y la erudición modernas, por lo que resulta imposible saber con certeza lo que creía en realidad cualquiera de los presocráticos. Por otra parte, resulta a menudo muy difícil interpretar el sentido de las múltiples creencias que se les atribuyen. Los restos de los textos presocráticos son como trocitos de sabiduría que se arremolinan en una turbia sopa.

No obstante, esta turbiedad no deja de tener sus ventajas. Confiere credibilidad al relato tradicional, en virtud del cual la conciencia racional emergería de una síntesis de reflexiones filosóficas fragmentarias. Desde esta concepción, los presocráticos formaron una especie de sopa primordial, a partir de la cual surgieron Sócrates y Platón, así como todas las generaciones subsiguientes de adalides de la racionalidad occidental hasta llegar a Kant y a Wittgenstein. Incluso la denominación obviamente póstuma de este grupo de pensadores refleja su aparente naturaleza primordial. Sócrates fue, presumiblemente, el primer pensador totalmente de carne y hueso, y los presocráticos representaron, por así decirlo, el principio antes del principio.

Como ya he anticipado, me propongo rechazar justamente este cuento de los orígenes. No obstante, la idea que pretendo establecer en realidad tardará aún en desenmarañarse, tal vez todo el resto del libro. El relato tradicional retrata naturalmente las primeras filosofías como prematuras, inmaduras y mal

formadas. En mi opinión, sin embargo, las filosofías presocráticas constituyen, en un sentido fundamental, toda la filosofía: el inicio, el final y todo su desarrollo. Ello no obedece al hecho de que los presocráticos ejercieran un influjo decisivo en sus sucesores (fueron, en su mayoría, olvidados o incomprendidos) o a que creasen un nuevo paradigma de pensamiento que, de forma misteriosa, se difundiese por todo pensamiento ulterior y lo modelase. Antes bien, se debe a que tal es precisamente el carácter de la filosofía. Teniendo en cuenta el estado de la evidencia, que tampoco es tan grave como pretenden los eruditos, las filosofías presocráticas no son ni más ni menos nebulosas que las que habrían de venir. La supuesta naturaleza primordial de los presocráticos no es un hecho, sino la proyección de cierta necesidad filosófica. Y, por una feliz *coincidencia*, este anhelo de un origen alcanza su más excelsa expresión en las filosofías de los propios presocráticos. Por tanto, como veremos, los presocráticos acabarán por hablarnos, no tanto sobre el principio de la filosofía, cuanto sobre esa necesidad de un principio que es característica de la filosofía.

I. Conozca a los presocráticos

Antes de sumergirnos en las viscosas aguas de las doctrinas presocráticas oficiales, procedamos con unas cuantas introducciones informales. Se aprecia un alto grado de excentricidad entre los presocráticos. Podían ser alocados y estafalarios. Tal vez se hallaban menos inhibidos por las normas sociales referentes a lo esperable de un filósofo, acaso porque dichas normas, tal como las conocemos, no habían cristalizado todavía. Sea como fuere, sus personalidades resultan, en muchos sentidos, el aspecto más sorprendente de su legado. Sus caracteres y disposiciones definen el marco dentro del cual cobran sentido sus doctrinas. En cualquier caso, hoy siguen vivas como algunos de los principales tipos de personalidad de los filósofos.

Tales (624?-546? a. C.). A decir verdad, nadie sabe con exactitud quién era Tales. Nos vemos obligados a proyectar algo sobre él. La evidencia me invita a concebirle como un gran general, un hombre de estado, un hombre de saber, tanto un innovador en el pensamiento como un práctico hombre de negocios. No me imagino, por ejemplo, que se tomase muy en serio su idea de que todo es agua. Para él se trataría, probablemente, de una de esas divertidas reflexiones nocturnas, mezcla de chanza y de nebulosa interpretación, tras un día de duro trabajo.

Pitágoras (571?-497? a. C.). El grupo venera a su maestro cual fuente de sabiduría divina, que posee poderes mágicos. A su vez, el maestro utiliza al grupo

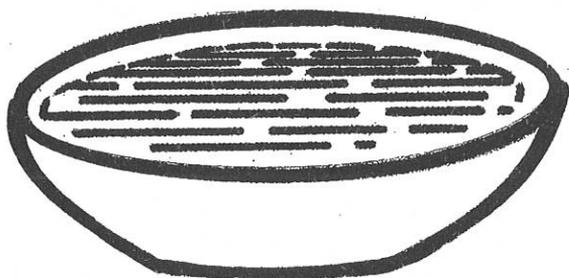
importancia del suministro de agua para una floreciente ciudad. Parménides preferiría una concepción abstracta del ser porque no deseaba hablar de forma que pudiese ser comprendido por las masas no filosóficas. Heráclito estaría tan obsesionado con su sentido de la transitoriedad de las cosas que no podía dejar de transfigurarlo en un sentido de lo divino. Empédocles predicaría el Amor y la Discordia porque era un romántico. Y Pitágoras habría tenido siempre una buena cabeza para los números, así como una necesidad de impresionar a los demás. No se aprecia ningún auténtico desarrollo en sus concepciones supuestamente filosóficas; tan sólo un continuo y circular cambio de posiciones. Lo decisivo son sus personalidades, de las que partimos, y sus doctrinas presuntamente filosóficas conforman un mero ropaje superficial.

IV. El pasado futuro

El futuro ante nosotros. A aquellos que prosigan el viaje por el resto de nuestra historia, no les costará comprobar que todo cuanto se diga durante los dos milenios y medio siguientes de filosofía ya había sido expresado de algún modo por los filósofos presocráticos. Las disputas entre los presocráticos concernientes a los primeros principios serán reavivadas en una sorprendente variedad de formas, mas siempre con el mismo desenlace. El agua de Tales se transformará en nuevas sustancias extrañas, como el Dios de Spinoza y la Voluntad de Schopenhauer, si bien se reducirá siempre a la misma vieja historia. El principio pitagórico de los números ilustraba ya la pléyade de primeros principios ideales, como habría de plasmarse en el mundo de las ideas de Platón. En particular, el salto parmenídeo al segundo orden podría interpretarse como el paradigma de casi toda la filosofía antigua y moderna. La metafísica aristotélica, como estudio del ente en cuanto ente, supondría un refinamiento del proyecto de Parménides. Otro tanto cabe afirmar del discurso cartesiano del método y de la investigación kantiana de las condiciones de posibilidad de la experiencia. Las dialécticas venideras entre la razón y los sentidos, entre el conocimiento divino y el humano, se hallaban ya prefiguradas en el escepticismo heraclíteo acerca del transitorio mundo de la experiencia sensorial ordinaria, por no mencionar la distinción parmenídea entre la vía de la verdad y la vía de los mortales. El Uno de Parménides habrá de emerger con la Sustancia de Spinoza, y la réplica seminal de Anaxágoras volverá a brotar en la monadología pluralista de Leibniz. Impregnado por el flujo-logos heraclíteo, una Mente de Anaxágoras revitalizada y la dialéctica de Zenón, el Uno que es Multiplicidad retornará a sí mismo en la forma del Espíritu Absoluto hegeliano. La adulterada pregunta por el Ser habrá de constituir el primer principio de

la filosofía de Heidegger. El genio intuitivo y misantrópico de Heráclito, su empeño por forjar nuevos valores desde una cosmología muerta, volverá a manifestarse en Nietzsche. O tal vez pueda reconocerse en Heráclito a un proto-existencialista. Su fe en la forma de un mundo sin fisuras, que puede ser mostrada pero no expresada, será compartida por Wittgenstein. El misticismo tanto de la filosofía oriental como occidental había sido fraguado ya por Pitágoras, Heráclito y Empédocles. Las sutiles paradojas de Zenón conducirán en primer lugar a la dialéctica socrática y darán luego paso a las clarificaciones conceptuales de la filosofía del lenguaje de mediados del siglo XX.

Los ejemplos podrían multiplicarse. No obstante, no deberían interpretarse como la evidencia de que los presocráticos ejercieran un decisivo influjo sobre el curso de la filosofía venidera, o de que la historia de la filosofía subsiguiente constituya una especie de desarrollo lógico de estos problemas originarios. Más plausible respecto al resto de nuestra historia parece el olvido o la tergiversación de los presocráticos. Como tendremos ocasión de constatar, la filosofía se repite a sí misma a ciegas. Incluso en casos como el de Sócrates, en los que la filosofía escoge una forma diferente de un modo aparentemente consciente, ello no demuestra que el relato esté gobernado por una lógica subyacente. Como veremos, Sócrates simplemente creyó necesario eliminar algunos de los groseros ornamentos naturalistas de la filosofía con el fin de redescubrir su esencia espiritual, de manera muy semejante a como los propios presocráticos habían pretendido el retorno a la esencia del cosmo-balbuco. Estarán plenamente justificadas nuestras dudas de que la filosofía posea un origen, en el sentido histórico del término.



Tales: Todo es agua

El pecado capital de los historiadores de la filosofía. Post hoc, ergo propter hoc. Se sigue cronológicamente, luego se sigue lógicamente.

El mito del origen no es sino una de las vías por las que la filosofía se convierte en lo que es. Incluso los presocráticos se remitían constantemente a un pasado, a otro comienzo en cosmología, en un esfuerzo por recrear y mejorar algo que, en realidad, nunca fue. En esto se asemejaban a los antiguos egipcios, cuya palabra para «sur» derivaba de «cara», pues siempre daban la cara al Nilo mirando río arriba, hacia la misteriosa fuente de su agua vivificante. Me atrevería a afirmar que también la filosofía tiene la mirada fija en el pasado, y que supone el vano esfuerzo de batirse contra la corriente del tiempo para retornar a aquella unidad primordial de todas las cosas, a un vasto y eterno océano de existencia. Al final, al igual que al comienzo, todo es agua.